

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 66

AÑO XII

MADRID. DOMINGO 5 DE AGOSTO DE 1906

NUM. 558



¡NI AGUA...!

Uno de la cola.—¡LO QUE TODOS PENSÁBAMOS! ¡ESTA FUENTE NO DA NI GOTAS!



ANUNCIOS INCOBRABLES



FIEBRES DE LA NÓMINA

tercianas, cuartanas y cotidianas, por rebeldes que sean, desaparecen con las PÍLDORAS GENERALÍFUGAS de LÓPEZ. Se hacen por fanegas en Gobernación y van usadas en millares de empleos.

Para evitar que os la den con queso, sed exigentes y pedid el BUSTO DE DÁVILA, EN ORO Y AZUL.

MADRID. SERRANO, ¡OLÉ!, 47

EL LATIFUNDIO Y EL CANARIO ESPAÑOL

COMPañIA DE ESTAMOS POCO SEGUROS

CALLE DE SERRANO, 47

NUEVOS GOBERNADORES A GUSTO DE LA COMPañIA EN TODA ESPAÑA

MUY POCO TIEMPO DE EXISTENCIA



SEGUROS sobre la VIDA DEL GOBIERNO

SEGUROS contra el GRANIZO MAURISTA

LO SABEN LOS PADRES

CANALEJISTAS

Ningún niño se muere de la dentición, por mal que se encuentre, si usa y se aprovecha de la LEGÍTIMA LÓPEZDO-MINGUINA, pues los salva aun en las últimas; brotan fuertes direcciones, reaparecen subsecretarías se extingue la diarrea, robustece los latifundios y desencanija á muchos aspirantes á gobernadores. Existen programitas falsificados, que han IMITADO otros farmacéuticos liberales para sorprender al público bonachón, que causan graves trastornos en el régimen parlamentario, principalmente.

Exigid la marca registrada, EL BUSTO DE D. JOSÉ LATIFUNDIO EN COLORES, y POR DETRÁS EL DE LUTERO DE ASÍS.

JOSÉ LÓPEZ, sobrino de su tío, la remite limpia de polvo y paja moretista, á todos los puntos que se la pidan, que hay para todos.

AL FIGURIN DE GULLON

NUEVA Y ELEGANTE SASTRERÍA

Especialidad en uniformes para diplomáticos á la medida del general

Se acaban de recibir los últimos figurines del Vaticano. Se hacen toda clase de arreglos y combinaciones diplomáticas, habiendo llegado elegantes muestras de Berlín, Londres, Viena. En París siguen llevándose los ternos Muni, como hace mucho tiempo.

Se confeccionan trajes en veinticuatro horas; para diplomáticos que no sean de carrera, casi se improvisan.

No necesitan probárselos. A todos les caerá bien. Esta casa, que no tiene otra sucursal en el mundo que la antigua y acreditada establecida en Astorga hace muchos años, admite buenos cortadores para trajes Concordato con buen sueldo é instrucciones muy reservadas.

En el mismo establecimiento hay una sección, que recomendamos por su baratura, de *Ropas hechas Canalejistas*, que nos permitimos alabar al público, el cual hallará allí de todo lo que necesite.

Ya lo sabeis.

AL FIGURIN DE GULLON

No tiene pérdida. Desgraciadamente.

CARTAS DE QEDÉÓN



¡Dios mío! ¿Otro duelo á muerte?

CONFERENCIA TELEFÓNICA. SAN SEBASTIÁN, DIA 4 DE AGOSTO. A LAS 11 Y 2 MINUTOS DE LA MAÑANA, 82.526 PALABRAS, TRES COMAS Y VARIOS MUERTOS

Por el Bulevar y en los alrededores de la marquesa del Estanque Grande, circula un rumor, que de confirmarse cambiaría por completo el aspecto de nuestra política, originando sabe Dios qué graves perturbaciones públicas. Aunque la música que toca en estos momentos y la aglomeración de gentes que tocan también, no me permiten oír como desearía, aparte de hallarme cerca de un bombardino y un cura de paisano, he logrado, sin embargo, enterarme de que en el partido liberal que era hasta hoy, como todos saben, una Balsa de la Vega de aceite de orujo, van á producirse terribles tempestades.

Dícese, con efecto, y sólo á título de rumor lo reproduzco, que entre dos de sus más ilustres personalidades, célebre una de ellas por la dulzura de su condición, y famosa la otra por saludar á todos los sacerdotes que encuentra al paso, ha surgido de pronto un gravísimo conflicto que algunos dan ya por solucionado con la muerte, tal vez de uno, ó tal vez de los dos.

Procuraré coordinar todos los rumores que hasta mí llegan (salvo el del bombardino), reflejando claramente los antecedentes, desarrollo y término del conflicto, tales como los refieren ya hasta las pulgas de San Sebastián.

He aquí los antecedentes de la cuestión. Parece ser que el partido liberal tenía el compromiso de resolver los asuntos de Roma, aun cuando Maura se sonría de esto y de los demócratas de colores. Nuestro actual representante en el Vaticano, señor marqués de Tovar, que es un artista á la manera de Nerón, pues canta, pinta, esculpe y se mete con la familia, no tiene, tal vez por exceso de aptitudes artísticas, gran afición á los menesteres diplomáticos. En cuanto entra en el Vaticano y ve las pinturas de Rafael, ya se le olvida que va allí con una embajada, y no Merry del Val, que es hombre listo, sino cualquier monseñor de la pomata puede zarandearle á su gusto.

En vista de esto, el previsor Gobierno de López Domínguez pensó substituir con persona menos artística, pero más habituado á capear monseñores, al actual embajador de España en el Vaticano, y don José Canalejas impuso que para esta elección se buscara un hombre público de reconocidas tendencias radicales, indicando al efecto á su pequeño amigo el marqués de Valdeterrazo.

Este marqués es la única conquista que ha hecho Canalejas en largos años de propaganda, incluso con salidas á provincias. Todo el mundo le reconoce extraordinarias aptitudes mentales, si bien le perjudica mucho la existencia de D. Valeriano, porque á no vivir éste, sería Valdeterrazo el hombre más pequeño y más feo de España. A pesar de esto, constituye él solo la mitad, cuando menos, del partido canalejista, y D. Pepe lo tiene y guarda en concepto de prócer en reserva para los grandes apuros, los grandes bailes y los grandes destinos de su agrupación. Es, por lo tanto, este chiquitísimo marqués, el canalejista de las grandes solemnidades, y con esto vive contento, haciendo obras en su casa que nunca se concluyen, y escribiendo otras históricas que nadie lee más que Francos Rodríguez, por compromiso.

Pero Canalejas no contaba con que D. Pío Gullón es un carácter, lo que se llama un carácter, y cuando está encargado de un Ministerio no se lo toca nadie. Ahora no permite ninguna intromisión en las cosas de Estado y dice á cuantos quieren oírle que eso de los embajadores ha de ser obra exclusivamente suya, y que ni Canalejas ni López Domínguez tienen derecho á indicarle ni imponerle nombres.

En suma, que el choque entre Canalejas y Gullón era inevitable, y una de las infinitas veces en que don Pío se iba á Irún desde San Sebastián, pues más que un ministro de jornada parece un tren tranvía, halláronse los dos en el andén, disputaron acaloradamente por el asunto de la Embajada de Roma, y perdiendo D. José los estribos, arrebató al jefe de estación el pito que ya se llevaba á los labios para que partiese el tren, y le dió á D. Pío con el pito.

Cuantos presenciaron esta escena quedaron aterrados por la magnitud de la ofensa, y varios se volvieron de espaldas, creyendo, por la actitud airada de D. José, que iba á continuar dando.

D. Pío desistió de su viaje á Irún, y aquella misma tarde envió á Canalejas dos padrinos para que se entendieran con sus dos taquígrafos. D. José, lejos de rehusar el lance, impuso que fuera á muerte, para lo cual se leería á los combatientes, antes del primer asalto, todo lo que lleva dictado desde que está en San Sebastián.

A pesar de la dureza de estas condiciones, los padrinos de ambos ilustres hombres públicos tuvieron que pasar por ellas, é inmediatamente se dedicaron á buscar campo para la lectura y el duelo.

Les pareció que un ministro de jornada no podía batirse en el sitio de ésta sin dimitir previamente; pero D. Pío consentía en que lo matara su adversario antes que dimitir, pues todavía tiene sin colocar un

primo tercero que hace chocolate en Astorga.

La tarea de los padrinos fué laboriosa; pero al fin, á las doce en punto de la noche zarpaban del puerto de San Sebastián, con destino desconocido, dos botes misteriosos, tripulados por varios hombres que procuraban ocultar sus rostros. En un bote, como habrán adivinado nuestros lectores, iba D. Pío, hábilmente disfrazado con el uniforme de ministro de verano. En otro, Canalejas, quien, para sustraerse á la curiosidad pública, había dejado caer sus cejas sobre el resto de su persona. Sólo se le veían las puntas de los pies. En alta mar les esperaba un balandro, dentro del cual había de verificarse el duelo.

A la altura de la isla de Santa Clara, fueron descubiertos ambos botes por el de los carabineros, y éstos intimaron á sus tripulantes que se mantuvieran al paio. D. Pío, en un arranque de indignación, respondió que él y toda su familia no se mantenían nunca al paio, sino del presupuesto, y mandó bogar á los remeros. Canalejas, por su parte, se puso de pie á popa, y dijo:

—Carabinero, tú me detienes, yo te saludo, estamos en paz, y déjame que vaya á pescar chipirones.

Estas palabras elocuentísimas hicieron zozobrar el bote de los carabineros, y mientras éstos se ahogaban, las embarcaciones de los adversarios lograron salir á alta mar. Horas después arribaban todos al balandro del combate, gobernado por Berriere. La catástrofe era inminente. Los taquígrafos de Canalejas sacaron innumerables pliegos de papel plagados de signos, y comenzó la lectura á muerte. Al tercer capítulo de las Memorias de la condesa de Espoz y Mina, falleció uno de los padrinos de D. Pío, y éste se quejó de dolores en el vacío, que es su punto más vulnerable. Reconocido por los médicos, decidieron que podía continuar la lectura, pues el Sr. Gullón no estaba más inútil que antes. Con las primeras luces del alba terminó este combate previo, viéndose el mar, en derredor del balandro, completamente cubierto de peces agonizantes. Y como aún no había perecido ninguno de los dos adversarios, prosiguió el duelo á vaina de sable sin punta ni filo. En el primer asalto, la vaina de Canalejas resultó magnífica, y vióse claramente que D. Pío no podía ya con la suya. Efectivamente, al segundo asalto el señor ministro de Estado sufrió una herida muy grave en otro vacío, entrándole la punta por la cabeza y saliéndole por el dedo pulgar de la mano derecha, que es el que más necesita en San Sebastián un ministro de jornada si no ha de estar rascándose todo el día. Reconocido por los facultativos de á bordo, éstos declararon que D. Pío no podía ya colocar á su primo tercero, el chocolatero de Astorga, porque estaba espirando. La emoción de los circunstantes era inmensa. Todos lloraban acongojados mientras el moribundo decía: «Muero por un feo»; recomendándoles después que no dejaran de cobrarle la próxima nómina, depositándola sobre su tumba. El Sr. Canalejas se desgarraba la camisa en el paroxismo del dolor, mostrando sobre su pecho, en habilísimo tatuaje, un gorro frigio traspasado por una corona real. Y cuando D. Pío daba la última boqueada, como buscando todavía algo que mascar, y los testigos de su trágico fallecimiento se tiraban los unos á los otros desesperadamente de los pelos de las cejas de D. José, surgió del fondo de las aguas la consabida serpiente de mar que todos los

veranos yace oculta debajo de una rotativa, y se tragó el balandro con el cadáver de D. Pío y los cuerpos de todos los tripulantes vivos, incluso Barriere, el cual no había naufragado nunca.

También desaparecieron en el seno de la serpiente las obras históricas y literarias de Canalejas y los dos taquígrafos, cómplices del delito. El drama fué, por consiguiente, total; pues se supone que para estas horas habrá fallecido ya de cólico la serpiente.

Tal es el terrible suceso que ha llegado á mis oídos hace un momento, en el Bulevar, y que tiene desasegado é intranquilo á todo este pueblo, siendo tantos los comentarios y las noticias contradictorias, que ya nadie se entiende ni sabe á qué carta quedarse en el *bacarral* del Casino. Hay quien sostiene que el duelo no se ha verificado en el mar, sino en el jardín de Villa Amparo de canalejistas, que es el ministerio de Instrucción pública que se ha traído aquí D. José.

Otros afirman que del lance no resultó ningún muerto, aun cuando el balandro volcó; otros aseguran que no ha habido tal lance, y otros aún que no ha habido tal balandro. En fin, que todo es confusión y lío, y el mismo gobernador civil, barón de la Torre, ya no sabe si es barón, si es moretista ó si es arfil y no torre, en este jaquemate al sentido común. Para expresar con un solo detalle el *maremágnum* reinante, básteme decir que al dirigirme yo, Gedeón, al teléfono interurbano para celebrar esta conferencia, vi venir hacia mí al propio D. Pío Gullón, quien me interrogó ansiosamente: «Dicen que me ha matado Canalejas. ¿Usted qué cree, Gedeón?» Yo me quedé mirándole y no supe qué responder.

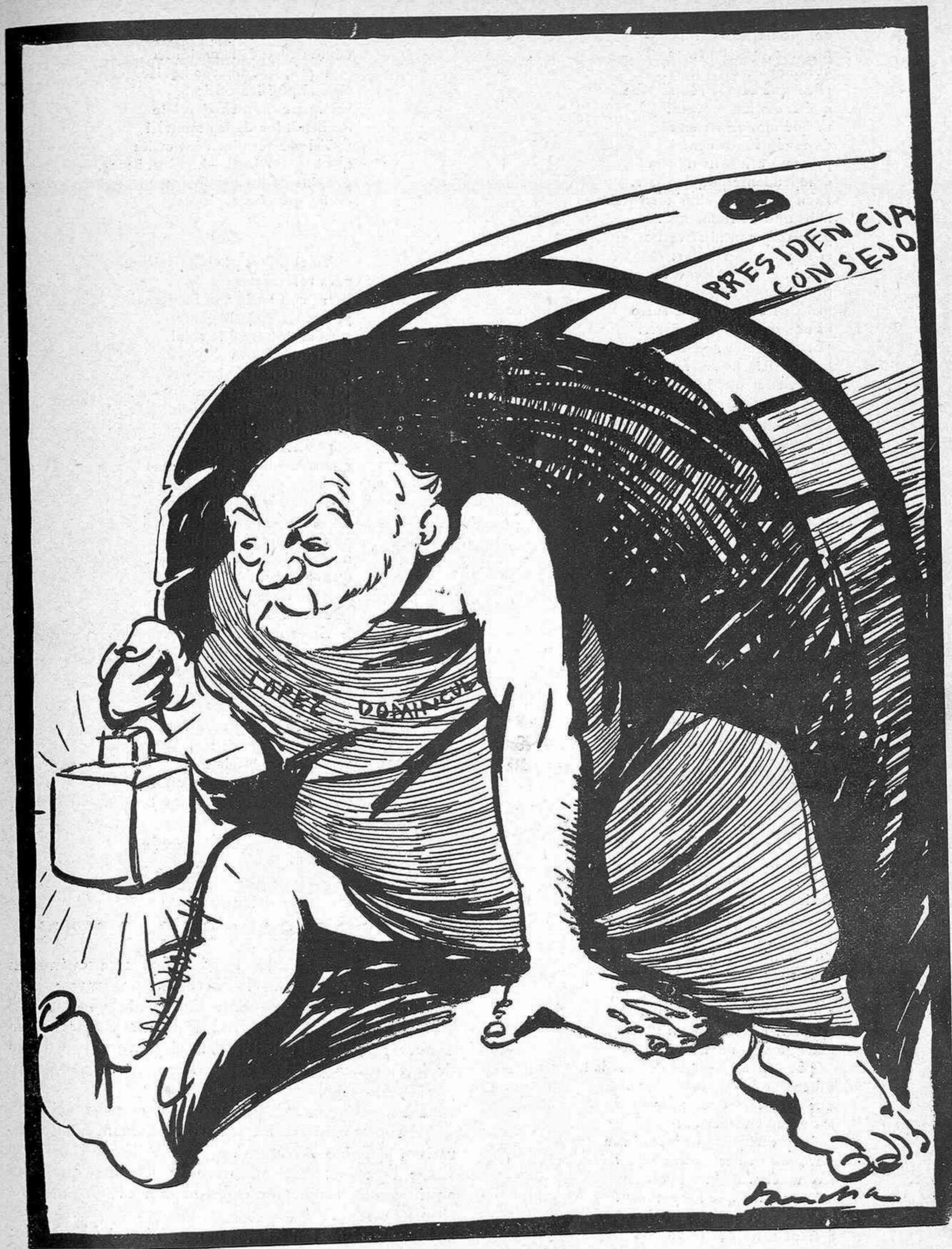
Me abstengo, pues, de dar por cierto ó por fantástico este terrible suceso, porque hay opiniones para todo, y la misma marquesa del Estanque Grande aún no sabe por qué lado tomarlo; pero sí consignaré que varias personas atribuyen su invención á un picador de toros que ha sido empresario teatral y algo autor dramático, el cual se dedica ahora á los *ifundios* y á la morfina. No sería efectivamente éste el primer cuento tártaro lanzado por *Memento*, ya desde las tablas ó ya desde una delegación. Sabido es también que desde la muerte de un prelado catalán, *Memento* busca en las *de morfina* el consuelo á otras inyecciones. En suma, Calínez del alma, y con estas palabras doy fin á las 82.526 de la conferencia, que ya en este país y bajo el mando del general López Domínguez, todos somos morfinómanos ó todos somos tontos. Miro en derredor y opto por lo segundo.

GEDEÓN



Cancionero gedeónico

Los censores importunos
de la vida nacional,
que á todo ponen reparos,
que todo han de criticar
que con nada se conforman
y que piden siempre más,
hoy ejercitan su lengua
con triste fecundidad
en decir mil perrerías



DIOGENES LOPEZ

POR MAS QUE BUSCA, NO ENCUENTRA UN HOMBRE PARA LA EMBAJADA DEL VATICANO.

del Gobierno liberal
interino, que tenemos
el honor de disfrutar...
¿Por qué causa? No se sabe
qué causa les moverá,
ni qué motivo les sirve
de razón fundamental
para esa campaña injusta
é imprudente por demás...
Bien que como ellos disfrutan
hablando de todos mal,
y no respetan ni al verbo
si se ponen á charlar,
que hoy al Gobierno censuren
por delante y por detrás,
ni ha de cogernos de susto
ni nos debe de extrañar...
¡Ellos mismos nos demuestran
la injusticia de su afán,
al decirnos que los socios
que preside el general
son unos muertos que no hacen
absolutamente ná...!
¿No hacen nada...? Vaya, amigos,
¿á qué viene censurar?
Censúrese á quien trabaja,
ya que motivo nos da,
con obras malas ó buenas,
su labor á criticar...
Pero á quien vive tranquilo,
satisfecho, en santa paz,
sin remover ni una paja
de la vida universal,
nadje podrá decir nunca
que nos vino á perturbar
ni con reformas de menos,
ni con molestias de más.
Así los ministros pasan
la temporada estival...
¿Cómo criticar lo que hacen
si no hay de qué murmurar?



Me he quedado haciendo cruces—
¿quién no quedará lo mismo?—
por lo del bandolerismo
de los campos andaluces...

No es que me coja de susto
saber que aún hay bandoleros
que asaltan á los caseros
y que viven á su gusto,
ni que me causen pavor
sus trabucos expresivos...
(¡jamás, ni muertos ni vivos
amenguaron mi valor!).

¡Es que me asombra en verdad
saber que hay gentes tan ruines
que para servir sus fines
los dejan en libertad!

Hay caciques que los miman
porque en su feudo les dejen;
hay muchos que los protegen
y hay varios que los estiman.

Y aunque ustedes no lo crean,
á estos bandidos pudientes
hay personas influyentes
que en sus cosas los emplean...

Por eso yo me hago cruces
de este alarde de civismo;
pues lo del bandolerismo
de los campos andaluces
viene á ser una extensión
de la política viva

que en esa forma expresiva
triunfa en toda la nación...

Y ¡oh, qué nuevos horizontes
abre al político oficio
ver que entran en ejercicio
los bandidos de los montes!

Tal vez terminen los males
que hoy sufrimos—hondos, fieros,—
propios de los bandoleros
de las grandes capitales.



Ya el pobre pueblo paciente
para refrescar su gola
corre con ansia á la fuente...

¡Ya se apretuja la gente
para arrimarse á la cola!

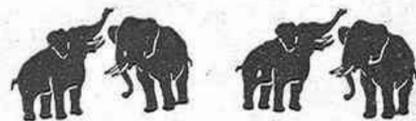
Gritos, frases alusivas
y comentarios livianos...
¡Qué discusiones tan vivas...!
¡Qué escenas tan... primitivas...!
(Como todos los veranos.)

¡Ay...! El líquido socorro
que trae á la gente en guerra,
no mana en límpido chorro.
¡Lo que surte del pitorro
no es agua, parece tierra...!

Y sus goces cristalinos
matan á los ciudadanos,
que al ir á los intestinos
da esos cólicos dañinos...
(Como todos los veranos.)

Estos males paténtizan
nuestros eternos oprobios...
Siempre, aunque se modernizan,
las aguas que se analizan
tienen la mar de microbios...

Ya los que ejercen funciones,
ejerciendo de tiranos,
van á dar disposiciones,
y á tomar sus precauciones...
(Como todos los veranos.)



DESDE SAN SEBASTIAN

Insigne Calínez: No puedes figurarte cuánta es
nuestra tristeza en los actuales momentos; nada
nos distrae, nada nos entretiene: ni la música del
Bulevar, ni la del Casino, ni el treinta y cuarenta, ni
el *bacarrat*, ni los caballitos, ni siquiera el mentidero
de la marquesa de la Tertulia.

¡Nuestro mal no tiene remedio!

Ese hombre ha envenenado nuestra existencia.

Ya supondrás que me refiero al flamante, al deco-
rativo, al épico Alvarado.

Sí; la marcha del ministro de Marina, que vino
aquí á bailar su primer rigodón con el Océano, ha
sido una pena.

Nosotros no tendremos barcos ni casi Ministerio;
¡pero que nos quiten á Alvaradito, que de uniforme,
parece que veinte acorazados le contemplan!

Te digo que un ministro acuático en una playa
veraniega, es de absoluta necesidad.

¿No te parece á ti más propio que Alvaradito
fuese el ministro de jornada, en lugar del silencioso
del momificado D. Pío?



LA RONDA DEMOCRATICA

GEDFÓN.—¿SABIS LO QUE SUS DIGO? QUE PAECIS A LOS DE LUMPIAQUE, QUE AMANECIERON TEM-
PLANDO.

¡Y quién sabe si residiendo aquí durante la estancia de la corte, Alvaradito acabaría por tener confianza con el mar!

Con la marcha de Alvarado, esto ha perdido mucho interés.

En cambio López Domínguez se ha ido sin que nadie lo advirtiese; bien es verdad que lo mismo ocurrió cuando vino; nunca vi á un presidente de menos significación.

Lo único que ha hecho durante su permanencia en San Sebastián, ha sido exhibirse en la terraza del hotel du Palais, como un fenómeno, todas las tardes.

Y no cabe duda que es un fenómeno que el general al cabo de los años se nos presente como un Radamés.

Así que tú calcula, amado Calínez: se fué el general, se fué Alvaradito...

Sólo nos queda para todo, el mantecoso D. Pío, á quien los *reporters* le pican como pulgas á todas horas.

Al pobre D. Pío no le dejan vivir.

Y como el hombre no sabe nada de muchas cosas, calla otras y sólo dice á medias algunas, los periodistas se desesperan por lo poco que da de sí el ministro.

—No hay nada, señores—les dice todos los días;—no sé nada, no ocurre nada.

Y efectivamente, D. Pío da media vuelta y se va al hotel á hacer por la vida y por la combinación diplomática, que es el rompecabezas de actualidad, verdadero rompecabezas, porque hay muchos diplomáticos á quienes se la van á romper en esta próxima extracción.

Y de nada les sirve á algunos diplomáticos haber hecho la carrera, porque D. Pío cree que para desempeñar esos cargos, basta con que sean amigos del Gobierno. Con razón decía la otra tarde en el Bulevar un elevado funcionario, lamentándose de este criterio:

—¡Mire usted que un hombre como yo, no sacar nada! ¡Y después de hacer la carrera!

Prueba del criterio que reina en este punto, es que el Gobierno pensó enviar al Vaticano como embajador á nuestro opulento amigo D. Felipe Sánchez Román, sin duda por lo mal que lo hizo como ministro de Estado. Y ya sabes lo que ocurre en política: cuanto peor lo haces, más cosas te nombran. Es una garantía.

Nuestro acreditado D. Felipe estaba á punto de hacerse el uniforme—ya sabes que en cuanto huele que le van á dar algo se toma medida;—pero el hombre se ha quedado fuera de la *combina* porque tenía la loca pretensión de llevar á Roma instrucciones concretas del Gobierno.

¡Como si el Gobierno tuviese instrucciones concretas de alguna cosa!

¡Qué asombro le produjo esto á D. Bernabé! Meneó la cabeza con movimientos de tartana, y díjole al general:

—D. Felipe es un tipo curioso. ¿Quiere llevar instrucciones? Pues si nosotros supiéramos á qué atenernos en esto de Roma, ¿para qué le queríamos á él?

Es una lástima que no se haya logrado lo de Sánchez Román, porque como embajador de gran espectáculo y de buenas carnes, hubiese sido el asombro de Merry del Val.

Tampoco D. José Latifundio se presta á la combinación, y éste, éste sí que era el más á propósito.

Con sus cejas de *Thermidor*, hubiera sembrado el espanto en el Vaticano, y hasta las logias se habrían estremecido.

D. José, en Roma, era la solución.

Pero como el portugués del cuento, se ha dicho: ¡No tiembles, Pío! Y generosamente les perdona la vida.

¡Qué bonito puesto para nuestro *mobile* amigo Martín Rosales!

¡Se le pasarán unas ganas!

Sería un bonito *record*.

Y qué caramba; después de todo, puede que lo hiciera tan bien como el que vayan á nombrar para ese cargo.

Porque créeme, amigo Calínez. En los Gobiernos liberales, la cuestión del Concordato no tiene otro fin que pasar el rato.

Tuyo,

PIAVE



El hombre de los tres entorchados, de las tres personalidades y de los tres coches.

Un poco largo resulta el título de este articulejo, pero, así y todo, no es tan largo como su inspirador D. Pepe, y eso que parece un hombre tan modesto, tan pusilánime y tan tarán, tan...

Y aún falta algo en ese título para redondearlo por completo; lo que es que no nos hemos atrevido á ponerlo, por miedo á que el artículo fuese todo cabeza. Como D. Bernabé Dávila; si bien la de este ilustre desconocido no tiene nada dentro.

El hombre de los tres entorchados, de las tres personalidades y de los tres coches; ó la Trinidad que nos preside; ó sea tres personas distintas y ninguna verdadera.

¡Así, así quedaba bien el titulito...! Pero para pronunciarle era preciso echar bota y merienda.

Bueno, pues el hombre de los tres entorchados, etcétera, etc... no es ni más ni menos que el ilustre general López, á quien ahora hemos sacado de su casa, donde estaba desde que no pudo ir á Melilla, para que nos arregle todos los problemas pendientes.

El general es, á la hora de ahora, como sabe todo el mundo:

Presidente del Consejo de Ministros.

Ministro de la Guerra.

Presidente del Senado.

No nos alarmamos nosotros por ese conglomerado político-administrativo, puesto bajo el llorón del general. Sólo sentimos que para nada sirva ese entronque de atribuciones. Grandes son los arrestos de D. Pepe—arrestos manifestados en la Prensa, exclusivamente;—pero por grandes que sean, dudamos de que puedan dar de sí para tantas cosas.

Si usando de la modestia que suelen emplear en los albums y en las tarjetas postales todos los hombres



LOS COCHES DEL PRESIDENTE

EL GENERAL.—QUE ENGANCHEN EL COCHE.

EL CANARIO DE CÁMARA.—¿QUÉ COCHE QUIERE V. E.: EL DE PRESIDENTE DEL CONSEJO, EL DE MINISTRO DE LA GUERRA O EL DE PRESIDENTE DEL SENADO?

EL GENERAL.—LOS TRES; UNO PARA CADA ENTORCHADO.

públicos, el general nos dijera que su elevado cargo es para él una carga, tendríamos que suponer que lleva tres y no una, ya que son tres los cargos que desempeña.

En cambio de los berrinches, de los disgustos, de los trabajos, de los sudores, de las molestias que le producen esos tres cargos, el general disfruta de la dulce y rápida locomoción asignada á todos y á cada uno de ellos.

Quiere decirse que D. Pepe, puesto que tiene tres personalidades distintas, tiene también el vehículo correspondiente á cada personalidad. Más claro: el general López tiene tres coches oficiales.

¡Tres coches!

Uno como presidente del Consejo de ministros.

Otro como ministro de la Guerra.

Otro como presidente del Senado.

Uno de nuestros más activos reporteros ha conseguido averiguar este detalle de tan gran importancia para la historia, y gracias á su discreta indiscreción nosotros podemos propagarle antes que otro cualquiera de nuestros estimados colegas.

Nuestro reportero es, además, aficionado á la fotografía, y pudo al mismo tiempo que el detalle, conseguir una escena íntima alusiva á este asunto, que nos ha servido para hacer una caricatura en este mismo número. Conste, en primer lugar, que en esta casa todos, y particularmente el caricaturista, admiramos al general porque puede tomar tres coches.

A causa de no tener ninguno de estos coches un signo, una marca, un detalle cualquiera demostrativo del cargo á que están adscritos, la gente no podrá saber con qué carácter va el general, cuando en uno de ellos cruce rápidamente las calles de la villa y corte.

Todos podrán decir impunemente: «¡ahí va López Dominguez!»... Pero nadie podrá asegurar cuando le vea: «¡ahí va el presidente del Consejo de ministros!», ó «¡ahí va el ministro de la guerra!», ó «¡ahí va el presidente del Senado!».

¡Y á que terribles confusiones se presta esta excesiva propiedad locomotiva del consecuente demócrata.

Cuando se le vea entrar en el ministerio de la Guerra—en su coche, naturalmente,—puede que alguien diga asombrado:

«¡El presidente del Consejo de ministros va á visitar al ministro de la Guerra...! Es decir, va á visitarse á sí propio el Sr. López Domínguez.»

Y lo mismo ocurrirá cuando se le vea llegar á la Presidencia del Consejo—que está un poco más arriba, aunque en la misma calle...

Y algo más gordo todavía puede suceder cuando el general vaya al Senado... Cualquiera reportero y hasta cualquier portero, pensará con espanto:

«¡El general en esta casa!... Algo grave ocurrirá en la política puesto que hoy se reúnen aquí el presidente del Senado y el del Consejo y el ministro de la Guerra!...»

¡Pero nadie sabrá á ciencia cierta que ministro ó qué cargo es el que va dentro del coche, cuando vaya en él el general López Domínguez!

¡El que estuvo en Crimea!

¡El testigo del sitio de Sebastopol!

¡El sobrino de su tío!

¡El cultivador y propagandista del alpiste y de la damplina para los canarios!

¡El hombre de los tres entorchados!

¡El de las tres personalidades!

¡El de los tres coches!

¡El que, para estar en carácter, debería vivir en la calle de los Tres Peces.

No, no... Nadie sabrá qué cargo es el que va en el coche cuando en él vaya el general López Domínguez.

Sólo nosotros que, aunque nos esté mal el decirlo, poseemos aquella clarividencia reservada á los vates y á los profetas, podremos en todo momento descomponer esa especie de don de ubicuidad que posee el invicto cultivador del canario democrático y colaborador del suplemento literario de *Le Figaro*.

¡Sí; Gedeón, cuando vea á López Domínguez en cualquiera de los tres coches que disfruta, podrá decir indistintamente y con justicia:

«Ahí va el presidente del Senado, del Consejo y ministro de la Guerra.» ¡Porque lo mismo da nombrarle con éste ó con el otro cargo, ya que en todos ellos viene á ser lo mismo!

¡Oh, terrible desilusión! ¡Oh, enorme desencanto! ¡Oh, desconsoladora y fría realidad...! Cuando todos esperábamos algo verdaderamente definitivo de este hombre que nos estuvo siempre invitando á las conquistas democráticas, resulta que sólo asiste á ellas de testigo, como al sitio de Sebastopol, que ¡ahor! ha empezado á contar al mundo civilizado...

El general López Domínguez tiene tres coches.

Uno como presidente del Consejo de Ministros.

Otro como ministro de la Guerra.

Otro como presidente del Senado.

Pero aunque tome los tres á un tiempo y ponga todos los caballos al galope... ¡no va á llegar á eso de la Democracia!



UN CONCURSO GEDEONICO

Estamos satisfechos.

Estamos satisfechísimos, y así lo declaramos con permiso del Gobierno, que es quien actualmente vive en España con más satisfacción.

Nuestro «Concurso gedeónico», abierto en la semana pasada, ha tenido el éxito inmenso que esperábamos.

La pregunta:

¿Quién supone usted que podría restituir al Tesoro 500 pesetas cobradas indebidamente?

era en verdad sugestiva.

Toda España ha debido interesarse en su contestación, y así se explica el éxito de nuestro Concurso que, como queda indicado, ha sido inmenso.

Demos, pues, cuenta de su resultado.

¡Un solo ciudadano se ha dignado acudir al Concurso con la solución, que él juzgaba acertada, á nuestra pregunta!

Y ese ciudadano mandó la carta abierta, faltando así á la primera condición que pusimos para que todo quedara en secreto, lo mismo que el nombre de quien mandó al ministro de Hacienda las 500 pesetas, cobradas indebidamente.

Así, pues, el resultado ha colmado nuestras legítimas esperanzas.

¡No ha podido ser más gedeónico!

Y así era de esperar y de desear para un Concurso tan gedeónico como el que tuvimos el honor de anunciar para distracción de nuestros escasos favorecedores.

¡Hasta otro!



... y armas al hombro

Tenemos la honra de albergar nuevamente en nuestro seno, al señor presidente del Consejo de ministros.

El hombre dejó las dulzuras de San Sebastián y vino á Madrid llamado por urgentes necesidades políticas.

Pero ¿cuáles son esas necesidades?

Hasta ahora lo mismo da que el jefe del Gabinete esté en Madrid, que en San Sebastián, que en Cercedilla.

Donde quiera que él esté, están las cabezadas...

Las cabezadas que da el Gobierno para entregarse al dulce y plácido sueño que disfruta...



Una sola cosa ha hecho el general y más valiera que se la hubiese dejado en el tintero.

Esta cosa fué muy desagradable...

¡Como que nos ha quitado una débil esperanza—quizás la única—de la democratización ministerial!

D. Pepe ha declarado que aún no han empezado las negociaciones con el Vaticano, que anunciaron algunos periódicos, pasándose de listos.

Hasta ahora no hay más que una nota... ¡del Gobierno anterior!

Suponemos entonces que esa nota será, más que nota, un calderón...

Por lo que dura.

Y por lo que nos hace sufrir á los oyentes, al pensar con tristeza que puede quebrarse en la gola que la emite!



Por lo demás, cada uno de los ministros continúa sin novedad en su importante salud, y en su importante departamento.

De ninguno sabemos nada, y esto nos ahorra un porción de disgustos.

El único que en Madrid hace frente á las necesidades periodísticas, recibiendo diariamente á los reporteros para decirles cuatro cosas, es el Sr. Navarroerverter.

¡Qué ameno está este verano el señor ministro de Hacienda!

Nos ha resultado el orador del Gabinete.

Nos congratulamos, muy de veras, de tan útil aplicación de sus talentos, que, á decir verdad, no nos extraña.

De antiguo sabíamos que D. Juan es un hombre que ora, perora y da la hora.

¡Nuestros plácemes!



En cambio, D. Bernabé continúa metidito en su rincón, como si quisiera que nadie se enterara de que existe.

¡Qué diantre de Dávila...!

Escondido y todo, sigue á diario soltando combinaciones de gobernadores, de secretarios, etc., etc...

Con tanto soltar, va á perder esa abundancia abdominal que tan bien le sentaba para el desempeño de su cargo.

¡Va á quedarse en los puros huesos!

Porque S. E. es un caso de enterocolitis administrativa.



Y menos mal que resulta el más distraído de todos sus compañeros.

Y el más ameno.

¡Como que parece el encargado del intermedio cómico!

Tiene mucha, pero mucha gracia D. Bernabé, y en ella complica hasta á un hombre tan serio como el presidente.

Antes de partir los gobernadores para sus respectivas ínsulas, les hizo ir de chistera y levita á la Presidencia ¡á recibir instrucciones!

Los pobres Poncios tuvieron que soportar á pie firme un discurso de Dávila y otro del general, además de las molestias propias del tiempo y del espacio.

Y es que el obeso D. Bernabé por nada del mundo quiere dejar de demostrarnos que es un ministro de verdad...

Pero nada, noble amigo; á pesar de todo, ¡no lo creemos!



No es sólo D. Bernabé, es también ¡ay! el propio general quien está empeñado en hacernos creer que éste es un Gobierno muy serio.

López Domínguez ha dicho, ahuecando la voz, que piensa reunir las Cortes antes de lo que todos esperábamos.

Pero ¿y para qué?

Vamos, vamos, niños... Sigán en los juegos propios de su edad; ¡pero no imiten á las personas mayores!

¿Conque también su Congresito, como los hombres?

¡Pa mí que el general quiere tomarnos el pelo suavemente!



Por supuesto, que de algo hemos de hablar en un verano como el presente, tan falto de asuntos para pasar el rato.

Entre eso y la salud pública en Madrid, no sabemos ni aun como nos queda humor para nada.

La salud pública es tan mala como otros veranos, según declaraciones facultativas.

Gracias á ellas, el alcalde se ha congratulado públicamente de que no haya empeorado.

¡Con poco se conforma D. Alherto!

Esta es una nueva variante del cuento de los gitanos robados.

«¡Es que también señorito, ibamos solos los diez!»

Ahora tenemos que alegrarnos todos, no de estar perfectamente buenos, sino de seguir tan malos como otros años.

¡Y que el Señor nos conserve en este estado tan deplorable!



EPIGRAMA CLASICO

LA CABEZA DEL BUEN DAVILA
MIRA EL DOCTOR GEDEÓNICO,
Y EXCLAMA CON ENTUSIASMO:
«¡VAI GAME DIOS. LO QUE SOMOS!»